

donar repetidas veces el teatro de la guerra en el Norte, es decir, en Bohemia y Silesia, para hacer frente al otro enemigo en las orillas del Danubio. Su competidor Uladislao se sostuvo en Bohemia; mas para reconquistar los territorios anexos ocupados por el húngaro no disponía de fuerzas suficientes, y al cabo de nueve años de guerra, la falta de fuerzas y la miseria indescriptible de los países que habían sufrido los horrores de tan larguísima contienda, obligaron á entrambos rivales á hacer un arreglo, contentándose cada uno con los territorios que había podido ocupar permanentemente. La paz que se firmó en 30 de setiembre de 1478 en la capital de Hungría, Buda (hoy Buda-Pesth), concedió á Matías Corvino la posesion de la Lusacia, Silesia y Moravia, bajo la condicion de que á su muerte estos países fuesen reincorporados al reino de Bohemia y se diese una indemnización pecuniaria á sus sucesores. La Bohemia propiamente dicha quedó en poder de Uladislao, y el título de rey de Bohemia fué concedido á los dos rivales.

El resultado mas funesto de esta guerra fué que entretanto y á su sombra se habían extendido los turcos por los países del Bajo Danubio, á lo cual se agregaron repetidas sublevaciones y conspiraciones de los magnates y nobles húngaros descontentos, que llegaron á ofrecer la corona de Hungría á Uladislao, con el cual entraron con este motivo en relaciones estrechas. Esta gran conspiracion fracasó por efecto de la vigilancia, astucia y energía de Matías Corvino; pero su deseo de dejar el trono á su hijo natural Juan Corvino, á falta de heredero legítimo, no llegó á realizarse despues de su muerte, ocurrida en la edad viril mas robusta, en la primavera del año 1490, á pesar de haber conseguido en vida la promesa de la nobleza de que á su muerte elegiría á su hijo. El partido polaco triunfó y Uladislao fué proclamado rey de Hungría; pero resultó inepto, y á pesar de reunir en su cabeza las coronas de Bohemia y Hungría no supo siquiera conservar las conquistas hechas por su célebre predecesor, y la Hungría decayó rápidamente.

Uno de los resultados de estas contiendas y guerras fué la emancipacion de estos países de la autoridad real del imperio alemán, cuyo jefe, el emperador Federico III, hizo en todos los sucesos en que intervino un tristísimo papel, tanto que hallándose por la muerte de su hermano Alberto, ocurrida en 1488, dueño de todos los Estados austriacos, ni siquiera supo sostener los intereses de su casa. Para tener tranquila á la nobleza austriaca, que se apoyaba en el rey Jorge Podiebrad de Bohemia, la hizo concesiones ignominiosas. La Estiria, Carintia y Carniola eran continuamente entradas á saco y devastadas por bandas aventureras turcas, contra las cuales solicitó Federico III, aunque sin resultado positivo, el auxilio del imperio en el parlamento que hizo reunir en el verano del año 1471 en Regensburg. Peor fué la ignominiosa é infamia entrega que hizo Federico III de los países y territorios del imperio situados á la izquierda del Rin al duque de Borgoña, Carlos el Temerario, para que cediera por esposa su hija y heredera á Maximiliano, hijo de Federico. La conducta de éste en la entrevista que con el temido duque tuvo en Tréveris, en setiembre del año 1473, fué cobarde, abyecta y traidora; y en la guerra que sobrevino vendió infamemente al enemigo, á cambio de ventajas particulares, la fortaleza de Neuss. Hasta el mismo marqués y elector de Brandeburgo, que siempre había defendido, en su interés particular tambien por supuesto, al emperador, le abandonó indignado. La casa de Habsburgo estaba desacreditada y parecia aguardarle un triste porvenir, porque habiendo tomado el emperador partido por Uladislao, se había vengado Matías Corvino invadiendo el territorio austriaco, donde al instante la nobleza volvió á tomar las armas contra

su soberano. El rey húngaro puso sitio á Viena, la cual, despues de defenderse heroicamente, tuvo que rendirse, y el 1.º de junio de 1485 entró en ella el rey vencedor, dueño del territorio hasta el rio Enns. Poco faltó para que Matías se apoderara del resto del país, y no quedó á Federico III mas recurso que aceptar una paz que le obligó á pagar al vencedor una crecidísima indemnizacion de guerra, hasta cuyo completo pago el rey de Hungría debía quedar en posesion de las conquistas hechas.

Estos sucesos produjeron en el imperio profunda sensacion; los príncipes comprendieron la situacion vergonzosa en que el indolente egoismo del emperador habia puesto á la Alemania, que por su conducta habia perdido la parte occidental de los territorios de la órden teutónica, que juntamente con la Bohemia, Moravia, Silesia y Lusacia estaban en poder de Polonia; Viena y la mitad del ducado de Austria estaban en manos del rey de Hungría, y no se habian hecho valer los derechos del imperio sobre una parte de los territorios que habia poseido Carlos el Temerario. Federico en su convenio con los suizos, en el año 1474, habia renunciado á todos los derechos que hasta entonces habia defendido, y de hecho habian salido los suizos definitivamente del imperio alemán. En el interior del imperio reinaban la discordia, el desórden y los disturbios, y la ruina completa del país era inevitable si no se hacia algo para agrupar las fuerzas dispersas que quedaban á fin de detener la decadencia y nuevas pérdidas de territorios. Esta conviccion resucitó la idea de una reforma del gobierno imperial, pero esta vez sin involucrarla con la reforma de la Iglesia alemana, y de nuevo fué un arzobispo de Maguncia, Bertoldo de Henneberg, noble é inteligente, quien se puso á la cabeza del movimiento. No lo hizo, sin embargo, por móviles de medro personal, sino puramente por patriotismo.

Desde luego estaba demostrado que el apático y egoista emperador era un obstáculo á toda reforma y regeneracion, y por lo mismo era preciso reemplazarle; mas para no envolver el país otra vez en una guerra intestina se pensó en elegir como el mas á propósito para la corona real de Alemania al hijo del emperador, el jóven, fogoso, ambicioso y caballeresco Maximiliano. Mucho costó arrancar de Federico III la aprobacion; al principio solo se avino á que su hijo fuera elegido rey de Alemania nominalmente, y que el gobierno quedara en manos del padre; pero una vez elegido Maximiliano rey de Alemania en 1486, Federico al cabo de poco tiempo dejó que su hijo procediera con entera independencia de él; y gracias á esta eleccion la reforma del gobierno tomó un rumbo nuevo que influyó mucho en la forma que mas adelante fué adquiriendo el imperio alemán.

Hasta entonces habia sido imposible el concierto entre el emperador y los príncipes electores respecto de las reformas del gobierno interior de Alemania, pues que estos últimos al avenirse á reformar el gobierno de Alemania querian hacerlo aumentando su influencia é independencia, es decir, dividiendo el gobierno y la autoridad suprema entre los siete príncipes electores con un emperador puramente nominal, haciendo de Alemania quizás una república aristocrática, mientras el emperador de ningun modo queria desprenderse del poder centralizado en su mano ni de la facultad de pedir dinero y tropas, no para defender el país ni para el bien del imperio, sino para defender ó reconquistar sus Estados propios, ó sean los de la casa de Habsburgo. Por el contrario, á los príncipes electores, á los demás señores territoriales y á toda la nacion convenia ante todo la paz interior, y para lograrla inventaron la creacion de un tribunal supremo independiente del emperador.

Las negociaciones entabladas con motivo de la eleccion

de Maximiliano no dieron mas resultado que hacer patente la disposicion de este príncipe á prestar su concurso á la mejora del estado del imperio y en particular á la creacion de un tribunal supremo. Para evitar el eterno escollo de las divergencias de opinion se convino en crear una union parcial cuyos miembros se encontraran dispuestos á reconocer un tribunal superior comun á ellos, con la esperanza de que andando el tiempo todos los demás potentados, caballeros, ciudades é individuos independientes del imperio entrarían en la union, sometiéndose al tribunal supremo comun. Esta idea, propuesta por el arzobispo Bertoldo de Maguncia y adoptada por Maximiliano y sus consejeros, fué realizada en Suabia, la region mas subdividida en territorios independientes, pequeños y hasta diminutos: principados, condados, ciudades, señoríos, obispados, abadías y hasta iglesias dependientes con su pequeño territorio directamente del imperio, es decir, soberanas. Todos estos señoríos estaban ba-

rajados é interpuestos, ya por entero, ya parcialmente, por pequeñas posesiones, entre otros territorios, sin que hubiera ninguno bastante dilatado para asumir la hegemonía del grupo. De ahí que en Suabia se usaran las ligas ó uniones defensivas y á veces ofensivas y defensivas de Estados ó territorios independientes para protegerse mutuamente en cuanto les unian intereses comunes; pero como estas ligas eran necesariamente organizadas política y militarmente, constituían tambien un peligro para los demás. En una de estas ligas, llamada *del Escudo de San Jorge*, que abrazaba la mayor parte de los señores territoriales, temerosos siempre de verse absorbidos con sus castillos y territorios por los vecinos duques de Baviera, tenia gran influencia un señor, Hugo de Werdenberg, consejero íntimo de Maximiliano y persona de talento, circunstancias que facilitaron la realizacion de la union proyectada. El programa redactado por el citado Werdenberg fué aceptado en un parlamento que los



Guerreros húngaros, vistiendo la túnica de su país, armados de grandes escudos y mazas de combate. Facsímile de un grupo de la comitiva triunfal de Maximiliano I, grabado de Juan Burgkmaier.

interesados reunieron en el mes de julio de 1487 en Eslingen. Despues de vencer multitud de resistencias parciales quedó formada en 14 de febrero de 1488 la gran liga de Suabia, que comprendia veintidos ciudades, las prelacías y caballeros de Suabia y hasta los príncipes que poseían territorios en aquel país, como el duque Segismundo de Austria y el conde Everardo de Wurtemberg. El objeto de esta liga, que fué un gran progreso para el gobierno interior del imperio alemán, era la representacion y defensa de los intereses comunes y la supresion de las guerras parciales. Se acordó que las diferencias entre los miembros de la liga serían sometidas á la decision del consejo directivo, compuesto de dos salas, la una formada por nueve representantes de los preladados y caballeros y la otra por igual número de representantes de ciudades. Estos diez y ocho representantes debían ser elegidos por un año, y los príncipes, que mas adelante formaron una tercera sala, se hicieron representar separadamente en el consejo por enviados particulares. Cada sala era dirigida por un presidente. La fuerza armada de la liga se componia de cinco contingentes iguales, cada uno de 3,000 infantes y 300 guerreros montados, que debían aprontar al ser requeridos el duque Segismundo de Austria, el conde de Wurtemberg, los preladados, los caballeros y las ciudades. En caso necesario cada miembro de la liga debía llevar al ejército comun toda su fuerza militar. Tambien se creó un tesoro para hacer frente á los gastos comunes. No tardó en demostrarse la utilidad de esta liga, y gradualmente en-

traron en ella no solamente las ciudades de Suabia que al principio no habian querido renunciar á su independencia á favor del consejo directivo de la liga, sino tambien otros miembros del imperio fuera de Suabia; de suerte que podia esperarse que andando el tiempo la liga se extendería á todo el imperio, el cual de esta manera llegaría á tener una verdadera constitucion y una autoridad suprema y constitucional, realizándose así la tan deseada reforma del gobierno interior.

CAPITULO II

TRANSFORMACION DEL PAPADO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XV

Aunque el poder pontificio habia quedado triunfante en la larga y tenaz contienda con la corriente reformista, el papado que salió de esta terrible crisis no fué ya el papado de antes, de cuya esencia muy poco se habia salvado. El rasgo principal del papado primitivo, su carácter espiritual de pastor y jefe eclesiástico de toda la grey, habia sido sustituido por el carácter de potencia política, de poder terrenal. Al cambio de carácter correspondió, pues, el cambio de organizacion.

Circunstancias especiales exteriores, mas que la necesidad interior de la comunidad cristiana, habian dado lugar á la creacion del cargo de obispo y sucesivamente al de supremo pontífice. La Iglesia primitiva, comunidad esencialmente democrática, habia producido gradualmente una clase pri-

vilegiada, el clero; de esta aristocracia salió el episcopado y de éste el obispo de Roma al principio con el carácter simplemente honorífico de ser el primero entre los de su clase. Pero á medida que la Iglesia fué adquiriendo carácter monárquico, subió el obispo de Roma á supremo pontífice. Las falsas decretales atribuidas á Isidoro y los pontificados de Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII señalan los

diferentes períodos de esta transformacion del cargo episcopal de Roma. En todas las etapas de esta transformacion se levantó contra ella oposicion en el seno de la misma Iglesia. En efecto, la transformacion era evidentemente contraria á la esencia misma de la Iglesia y á la mision del obispo de Roma, porque si la Iglesia cristiana estaba representada como colectividad por el papado, no queria decir esto que



Grupo de la obra de escultura de Alberto Durero llamada: «Puerta de honor de Maximiliano I.»

toda la cristiandad había de ser esclava de la voluntad del hombre que tuviera á su cargo representarla. El haberlo querido así los papas provocó las grandes luchas político-eclesiásticas de los siglos XIII y XIV. Felipe el Hermoso y Luis el Bávavo no hicieron guerra á la Iglesia sino al absolutismo de los papas, que pesaba sobre la Iglesia como sobre la cristiandad, y por eso estos monarcas tuvieron de su parte gran número de clérigos y particularmente los mas virtuosos y mas inteligentes. Esta corriente fué creciendo, sobre todo en la época de los concilios; pero la oposicion, en lugar de contentarse con la vuelta á la organizacion aris-

toocrática, ó sea episcopal, de la Iglesia, confirmada por el concilio de Constanza, tendió al restablecimiento de la Iglesia sobre la base primitiva, es decir, la democrática, que tantos defensores tuvo en el concilio de Basilea. Ninguna de las dos tendencias llegó á realizar su ideal, á pesar de ser insostenible la constitucion monárquico-absolutista de la Iglesia; lo cual indujo quizás ya entonces á algunas inteligencias perspicaces á creer que la Iglesia toda en general y el papado en particular eran insostenibles en la forma que habian tomado.

A esto se agregó la transformacion completa de la esen-

cia del papado, que era la representacion de la comunidad cristiana en general y sin distincion de partidos ó sectas. La Iglesia, bajo la direccion de los obispos de Roma, habia salido con felicidad de las grandes luchas dogmáticas que durante siglos habian amenazado su unidad, la cual, personificada en el papado, habia facilitado á éste la gloria imperecedera de extender la religion cristiana entre los pueblos paganos del Este y Norte de Europa, de raza, idiomas y costumbres diferentes. Grande é innegable es el mérito adquirido por el papado con la instalacion, divulgacion y des-



Escudo de la ciudad de Viena.
(De las llamadas «Tablas de Weingart.»—1475.)

envolvimiento de la civilizacion cristiana y el consiguiente progreso de la humanidad en general; pero esta obra levantada habia ido deteniéndose y hasta transformándose en un trabajo diametralmente opuesto en el transcurso de los siglos. El papado habia trocado su mision de representante de la cristiandad por la de representante de una fraccion, mas intolerante y enemiga de la ilustracion progresiva; porque habia comprendido que solo podia sostenerse en adelante ahogando la verdad evangélica, oscurecida gradualmente en el transcurso de los siglos. Esta conviccion fué el único motivo de la persecucion de los valdenses, de los minoritas, de Wicliffe, de Huss, de sus adeptos y de tantas otras víctimas de la curia romana.

Cuando la Iglesia volvió á acordarse de sus derechos, desde siglos olvidados, y quiso hacerles valer reunida en concilios generales, el papado se opuso á ello, imponiéndola su voluntad despótica. Por lo mismo fué una gran derrota para el papado el pacto de Praga, que autorizó la Iglesia husita.

Tambien habia perdido su fuerza mágica la grande idea de la lucha de toda la cristiandad unida contra los infieles, idea nacida independientemente de Roma, pero de la cual se apoderó pronto y con gran habilidad el papado, bajo cuya direccion se lanzaron entusiasmados y organizados eclesiásticamente millones de hombres al lejano Oriente. Si este entusiasmo se habia apagado, no fué solamente por el amargo desengaño que el miserable resultado de las cruzadas habia producido en el Occidente, ni tampoco por haber predominado y medrado en estas empresas intereses mundanos y hasta materiales, sino mas que todo por la manera que tuvo la curia romana de explotar esta idea, agitando la cristiandad para hacerla marchar contra los turcos, en su interés propio. Así entre las muchas quejas suscitadas contra la curia á mediados del siglo XV, ocupan un lugar principal las relativas á los abusos de los sermones de la cruz, del diezmo para las cruzadas, las indulgencias prometidas á los cruzados y otros medios de exaccion inventados con el mismo pretexto. En algunos puntos la curia encendió con ímpetu arrebatador el entusiasmo de la multitud excitable, pero por corto tiempo, sin recabar grandes sacrificios y sin producir en ninguna parte resultados dignos de especial mencion, no obstante contar aquella propaganda con misioneros predicadores potentes como Juan

Capistrano, el fraile franciscano, enemigo furioso de toda clase de herejías, y agitador incansable de la guerra contra los turcos, en el cual parecia haber resucitado Pedro de Amiens tal como le pinta la tradicion popular muy legendaria. Juan Capistrano, enviado por el papa Nicolás V, habia predicado en Bohemia y en los territorios austriacos vecinos contra los husitas, amonestando á todo el mundo á expiar el extravío herético emprendiendo la guerra santa contra los turcos. No tardó en tener fama de santo, y la multitud extasiada le atribuía milagros; pero las bandas armadas que siguieron en 1456 á este religioso entusiasta á Hungría y al Bajo Danubio, donde cooperaron á la liberacion de la plaza de Belgrado, estrechamente sitiada por los turcos, no fueron mas que turbas de gente vagabunda indisciplinada y por lo mismo inservible para empresas militares de alguna duracion. Admirable era aquel hombre, ya anciano al parecer caduco, de estatura pequeña, cuando en medio de la batalla, donde la lucha era mas sañuda, animaba á los suyos contra el enemigo, superior en número; pero ni con esto ni con su elocuencia arrebatadora, ni con



El papa Inocencio VIII.
Medalla de Francisco de Sangallo (tamaño del original).
Gabinete Numismático de Berlin.

la cooperacion de un héroe como Hunyade, consiguió vencer la indolente desidia de sus contemporáneos, ni menos comunicarles su ardor para que realizaran el ideal que llenaba su imaginacion fogosa. Así cuando murió Hunyade, en agosto, poco despues de la liberacion de Belgrado, y falleció tambien Capistrano en octubre del año 1456, no hubo quien continuara sus obras. Tambien el retórico Eneas Silvio puso al servicio de la cruzada su brillante elocuencia cuando ya era Papa, pero se llevó el viento sus palabras, y las amonestaciones de la Iglesia no sacaron á nadie de su indiferencia mundana. Por lo demás, á este triste resultado nadie habia contribuido en mayor grado que el mismo Eneas Silvio, y casi podría considerarse como un castigo de su conducta cuando cegado por su ambicion trabajó sistemáticamente contra la obra retormista del concilio de Basilea. Era evidente que la Iglesia habia perdido su fuerza, porque se habia enajenado las simpatías de los grandes y de los pequeños.

La predicacion de la cruzada se hizo institucion permanente de la Iglesia romana, porque el peligro turco seguia arreciando, y con este temor florecian el tráfico de las indulgencias y las cuestaciones; pero cada vez se hicieron mas patentes los verdaderos móviles egoistas de la curia y se fué creyendo menos en el empleo del dinero sacado así de los pueblos para los fines que se indicaban, pues que todo el mundo podía ver cómo la curia hacia lo contrario de lo que predica-